

HOMILÍA DE MONS. FRANCISCO CERRO CHAVES, ARZOBISPO DE TOLEDO
SANTA IGLESIA CATEDRAL PRIMADA
DOMINGO DE RESURRECCIÓN - 12 DE ABRIL DE 2020

Queridos hermanos:

Felices pascuas de Resurrección; a los ministros que concelebráis; también, sobre todo, a todo el Pueblo de Dios que confinado en sus casas está siguiendo a través del Canal Diocesano y de Radio Santa María esta Eucaristía tan hermosa del Domingo de Resurrección. ¡Felices Pascuas de Resurrección!

Aún en medio de las dificultades, el Señor vive resucitado y sabemos de quién nos hemos fiado y estamos persuadido que Él llevará a buen término la obra que empezó en nosotros.

Anoche, con la gran solemnidad de la Vigilia de Pascua, hablábamos lo que vamos a repetir durante la cincuentena pascual, donde el gran fruto, con el cual concluye la Pascua, es Pentecostés. Es decir, el gran fruto es el Espíritu Santo que tiene como misión formar en nosotros los sentimientos del Corazón de Cristo. Siempre que desciende el Espíritu Santo es para formar a Cristo. Desciende sobre la Virgen María, nuestra madre. Y por obra y gracia del Espíritu Santo nació de Santa María Virgen. Desciende del Cenáculo sobre la Iglesia naciente y ahí nace la Iglesia, también ahí es engendrada en esta oración. Y la Iglesia sale del Cenáculo a anunciar la Buena Noticia a los que sufren.

Decíamos ayer, en la Vigilia, que íbamos a verlo durante esta cincuentena pascual, a un Jesús que nos cita siempre en el Cenáculo, en la Galilea y en los caminos. Hoy comienza el Evangelio en los caminos. **Aparecen dos caminos.** Y si esta tarde se celebra la Eucaristía en algunos lugares, también aparece el camino de Emaús.

La Iglesia da como posibilidad, por la tarde, de leer este encuentro de Jesús en el camino de Emaús.

Hoy aparecen en el Evangelio dos caminos: **uno el que recorre María Magdalena, el otro que recorre Pedro y Juan.**

¿Quién es María Magdalena? Ella era de Magdala. En el Evangelio siempre se hace referencia, cuando se cita a una mujer, a su marido. Por ejemplo, Juana, mujer de Cusa; María, la de Cleofás. María de Magdala. Magdala es un pueblo de la Decapolis. Es una mujer que va buscando, como aparece en el cantar de los Cantares, el amado en la noche. ¿Dónde te escondiste? En el fondo, lo que viene a decir María Magdalena es lo que piensa todo corazón humano. Si nos quitas a Jesús, si no tenemos al Señor, una vida sin Cristo. *Nos has hecho Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.* Es el primer camino que hace la humanidad al encuentro con el Resucitado. Una humanidad con sus dificultades, con sus oscuridades, que va preguntando como la mujer del Cantar de los Cantares, que va buscando; que se siente vacía. María Magdalena no es una mujer de fe; de hecho va buscando un Cristo muerto, un cadáver al cual ungir y, sin embargo, se encuentra con la sorpresa de que precisamente la piedra del sepulcro está abierta. No creáis que pensó enseguida que había resucitado el Señor. Pensaría si alguien se habría adelantado o quién habrá sido. De hecho, ella, en un primer momento. Prácticamente y sería la tercera idea del camino; cuando una persona hace ese camino en la noche y en la oscuridad, como le puede pasar a tantos cristianos, en estos momentos de pandemia, que estamos sufriendo, de tantas dificultades, donde queremos seguir siendo muy fieles para poder ayudar a todos nuestros hermanos. En ese sentido María Magdalena no va a encontrarse con el Señor, Resucitado y Vivo, hasta que no hace dos cosas fundamentales.

Primero, confunde a Jesús con el jardinero. No está mal esa confusión. El sembró todas las flores y todas las primaveras. El Señor es el jardinero, es el del hortelano de todas la humanidad, como habíamos ayer en la homilía, es el que nos ha redimido y el que nos ha creado, a través del Padre Dios. Pero nos ha creado. Toda la creación es, como decía uno, una especie de cesta grande de Navidad con una tarjeta: “De parte de Dios, con amor”. Eso sería la creación. Ella descubre, primero, esto. Pero no va descubrir quién es Jesucristo hasta que, primero, no le llama el Señor con un nombre genérico: “Mujer”. Así también llama a su madre.

Y después, como ve que, con el nombre genérico de mujer, María Magdalena no reacciona, la llama María. El primer nombre de mujer que pronuncia el Resucitado: “María”. Y ella se vuelve y le dice “Rabboni” que significa maestro.

María Magdalena expresa un camino que recorren mucho los cristianos al encuentro con el Resucitado en sus noches, en sus oscuridades, en sus miedos. “¿Quién nos correrá la tremenda losa del sepulcro? Es todo el miedo que tenemos en el corazón y tener miedo es de inteligentes. ¿Quién no tiene miedo a una operación, a montar en un avión, a unas dificultades, una enfermedad, a un virus? Todos tenemos miedo. Quien diga que no tiene miedo es porque no es verdadero. Y los miedos,

normalmente, no se superan. Lo que se hace es atravesarlo, como atravesamos una noche. Tengo miedo a montar en el avión, pero lo hago porque tengo que hacerlo y tengo miedo una enfermedad, pero la afronto y tengo miedo una operación, pero la hago. Los miedos se atraviesan. Aunque volvamos a tener, otra vez, ese miedo. Pero escuchamos al Resucitado que nos dice continuamente: “¡No temáis!” Es el saludo del Resucitado. “Paz a vosotros”, “La paz os dejo, mi paz os doy”. La paz que, dicen todos los teólogos, en Cristo es como el resumen de todos los bienes mesiánicos; todos los bienes que el Señor nos quiere dar están expresado en la paz. Porque la paz es Él. Él es nuestra paz, Jesucristo. Por eso, incluso en momentos tan difíciles de nuestra vida, un cristiano nunca pierde la paz. Puede perder pequeñas paces, pero no la paz. Porque la paz es Cristo vivo en nuestro corazón.

Y en la otra carrera ya no es María Magdalena. María llega anunciar que Jesús ha quitado o que hay signos de la resurrección. Empieza a hablar y viene la segunda carrera de un camino. La tercera será la de los decepcionados de Emaús. Pero la segunda carrera es la de Pedro y Juan. Pedro y el discípulo a quien Jesús amaba. Otra de las claves de Juan: tampoco dice el nombre del discípulo a quien Jesús amaba. ¿Por qué? Pues está claro porqué. Pienso que no hace falta ser un gran teólogo o un gran exégeta. Porque todos estamos llamados a ocupar ese lugar. Todo hombre y mujer está llamado a ser el discípulo a quien Jesús amaba. Por eso Juan no lo dice. Somos cada uno de nosotros los que tenemos que recostar la cabeza en el pecho de Jesús, lo vimos el Jueves Santo ; que estamos llamados a acoger en María en nuestra casa, lo vimos, también el Viernes Santo. Y le vamos a ver también aparecer en el lago Tiberíades: “¡Es el señor!” El discípulo amado, siempre descubre a Jesucristo en los avatares de la vida, en los fracasos de la vida. en el sufrimiento de la vida.

Por eso van corriendo Pedro y Juan. ¿Quién corre más? El místico, el más joven; pero el místico deja entrar al Papa, deja entrar a Pedro. Es humilde. Juan vio y creyó. Porque había estado allí y porque, realmente, le basta, al discípulo al discípulo que Jesús amaba, poco signos para creer.

Pedro comienza ese camino de conversión profunda para creer en el Señor. Pedro se asombra, descubre, se pregunta. Y no es poco preguntarse e interrogarse. Pero fijaros, Pedro no reconoce, todavía, en plenitud al Resucitado porque tiene una herida en el corazón, que es la herida que tiene la humanidad y que tenemos, a veces, cada uno de nosotros. ¿Dios me puede querer con lo que yo le he fallado? ¿Dios puede apostar por mí cuando no he sido fiel? ¿Dios puede estar de mi parte con la faena que yo le he hecho? Y estoy seguro que Pedro, cuando va hacia Jesús,

(en el evangelio de Juan, 21) iría pensando: me va a rechazar, no me puede querer. Esa herida empieza a curarse cuando descubre una tumba vacía y descubre que el señor está cerca y que vendrá, como viene todas las primaveras.

Ni la Virgen María ni los amigos de Jesús, de Betania, no van al sepulcro; ellos sabían que Cristo resucitaba, tenían la convicción. Ellos sabían que Jesús vendría a ellos; como vino.

Nosotros, que muchas veces necesitamos tantas cosas, le podemos decir al Señor hoy: “¡Creo, Señor, pero aumenta mi poquita fe!” Y podemos decir con la secuencia bellísima que se repite hoy: “¡Resucitó de veras, mi amor y mi esperanza! ¿Qué has visto de camino, María, en la mañana? A mi Señor glorioso, la tumba abandonada, ángeles testigos, sudarios y mortajas. ¡Resucitó de veras, mi amor y mi esperanza!”